

Anónimo: LAZARILLO DE TORMES

(Edición comentada y anotada de Eduardo Godoy G., Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1992)

Es la mejor edición del *Lazarillo de Tormes* que conocemos. No sólo se trata de las excelentes 451 notas, del cuidado texto, de los seis apéndices, sino también del prólogo (65 páginas) por las innovadoras ideas que éste contiene, hasta ahora, casi heréticas: “La afirmación que sostiene que el *Lazarillo de Tormes* es la primera novela picaresca y su personaje el primer pícaro en la historia literaria, también ha sido cuestionada. Y ello porque se considera que su verdadero creador es Mateo Alemán con su *Guzmán de Alfarache* (1599-1604) y éste, Guzmán, el primer pícaro. Una primera consideración general nos llevaría a afirmar que ello es así, juicio que considera dos hechos: la novela picaresca es una creación del Barroco y está en profunda dependencia con la ideología tridentina, lo que se cumple a cabalidad en *Guzmán de Alfarache*; el segundo constata que en el *Lazarillo* la palabra pícaro no existe y, por lo tanto, Lázaro no fue conocido por esa denominación, al contrario de lo que sucede con el personaje de Alemán, identificado claramente como pícaro”.

Personalmente, estuve, hasta aquí, con esta tesis; me sedujo, por ejemplo, la vieja idea de que el *Guzmán* es un sermón al revés en consideración a las extensas afirmaciones de orden moral y bíblico que anteceden al acontecimiento mismo. Hoy yo no llamaría barroca a esta actitud literaria, sino manierista. A la luz de las profundas percepciones de A. Hauser en su voluminoso libro *El Manierismo*, esa trasposición deformante y que invierte la perspectiva de un lector habitual y que rompe tanto con una idea de conjunto, ya no es sólo barroco y menos renacentista. Esto último pasaría a ser algo así como un espejo que refleja la imagen coherente y que casi en el mismo lapso la resquebraja. Esto sucede, sin más, en la lírica, con el propio Garcilaso de la Vega.

Pero el profesor Godoy que trabaja la más exhaustiva bibliografía, prosigue: “Lo dicho es objetivamente exacto. Sin embargo, no puede desconocerse que los ingredientes fundamentales de lo que será llamado novela picaresca están presentes ya en el *Lazarillo de Tormes*, tanto desde un punto de vista estructural como temático. Incluso puede establecerse una línea intertextual presente en los tres grandes representantes del género: *Lazarillo*, *Guzmán de Alfarache* y *El Buscón*” (p. 55).

La omisión del *Rinconete y Cortadillo* de Cervantes es motivo de algunas reflexiones últimas.

El profesor Godoy, de incansable inquietud por la investigación, revisa “el aporte de una serie de obras que se hunden en la tradición”. Ello culminaría, por cierto, en el *Quijote*.

En esta línea, considera la novela sentimental cuya simbología y los emblemas del mundo medieval son esenciales. Así en *Siervo libre de amor* de Juan Rodríguez del Padrón y muy directamente a *La Cárcel de amor* de Diego de San Pedro.

La novela dialogada es otra de las manifestaciones. *La Celestina* es considerada la obra más representativa. Aunque de discutida ambigüedad del género (novela o teatro) ha sido ampliamente estudiada. Lo cierto es que se puede leer con igual dificultad que adaptarse para la representación, cosa que se ha logrado, por lo demás. Publicada en Burgos en 1499 bajo el título de *Comedia de Calisto y Melibea*: “Luego, en 1500 y en 1501, se edita en Sevilla y Toledo como *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, ahora con 21 actos. Posteriormente, es conocida sólo como *La Celestina*. Se pueden rastrear

fuentes italianas (Petrarca), de tradición española (Arcipreste de Hita), “pero logra configurar un mundo propio y original que mira hacia el pasado, se instala en el presente y avizora el futuro. No en vano cerca de cuarenta ediciones vieron la luz en el siglo XVI” (p. 11). Deja huella profunda en la gran obra de Lope: *La Dorotea* (1632)”.

La novela de caballería que agrega, al amor de la novela sentimental, el valor de la aventura heroica. La más conocida y valiosa es *Amadís de Gaula*. “El código amoroso —inscrito en el amor cortés— es una de las claves que, junto al caballeresco, es necesario tener presente al considerar el mundo que Cervantes estructura en el *Quijote*”, afirma el ensayista.

La novela pastoril alcanza su culminación en los *Siete libros de la Diana* de Jorge de Montemayor. El mundo pastoril aparece absolutamente retirado y como refugio, por lo menos en Cervantes, de amores desgraciados. El espacio es ideal, lleno de fuentes y árboles que configuran el llamado “locus amoenus”. De ello, no están lejos las *Eglogas* de Garcilaso. Le suceden imitaciones como *La Diana enamorada* de Gil Polo, *La Arcadia* de Lope y *La Galatea* de Cervantes.

La novela morisca: lo que caracteriza a este tipo de novela es que se centra en torno a una temática y a personajes moros. Sobresalen *La historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa* (1551) y los amores de Abindarráez y Jarifa incluida en *Los siete libros de la Diana*. Son el trasfondo del dominio secular de los árabes en España. También, quizá, la vivencia autobiográfica en una de las dos novelas intercaladas en la Primera Parte del *Quijote*, la historia del cautivo.

Muy interesante es la novela griega, bizantina o de aventuras peregrinas. Se conocen porque el héroe padece innumerables aventuras. Yo diría que, en cierto modo, el patrón genérico es la *Odisea*, cuyo desarrollo se advierte hasta nuestros días en el decaído folletín y la telenovela. “Entre los representantes españoles se encuentran: *La selva de aventuras* (1565), *El viaje entretenido* (1603) de Agustín de Rojas, *El peregrino en su patria* (1604) de Lope de Vega, *Los trabajos de Persiles y Segismunda, historia septentrional* (1617) de Cervantes, *Los cigarrales de Toledo* (1623) de Tirso de Molina, *El criticón* (1651-1653-1657) de Baltazar Gracián”. Es curioso consignar que Cervantes creía que su mejor obra era, justamente, el *Persiles*.

La investigación que nos preocupa termina con *Otras narraciones*: “Tiene también que considerarse, en esta revisión panorámica, la llamada novela corta renacentista que encuentra su representante más claro en Juan de Timoneda, que escribe tres obras dignas de mencionar: *Sobremesa y alivio de caminantes* (1563), *El buen aviso y portacuentos* (1564) y *El Patrañuelo* (1565)”. Luego, las inigualables *Novelas Ejemplares* (1613) de Cervantes.

Sería extenderse mucho en este prólogo, cuasilibro, con la mención, siempre extensa y documentada de otros acápite como *La novela picaresca en el contexto novelesco del siglo XVI* y el decisivo capítulo tercero, *Sobre Lazarillo de Tormes y sus fortunas y adversidades*, que terminan con rotundidad paradigmática la sólida tesis ya enunciada del profesor Godoy.

Tan rotundo trabajo sobre múltiples posibilidades de reflexión y es éste otro aporte de esta edición.

Diremos cuáles son, por de pronto, algunas de ellas. Esperamos que ellas se conjuguen. El profesor Godoy afirma. “La situación épica desde la que narra marca la máxima deshonra. Ha aprendido que la honra no tiene valor; sólo es apariencia; lo que tiene valor radica en lo que produce bienestar material”; “Marcha de la inocencia

a la culpabilidad. En buena medida, la novela narra la historia de Lázaro adulto”; “Otro de los aportes del *Lazarillo* es la creación de una nueva categoría de héroe literario. Un hijo de padre ladrón y de madre amancebada que vive, él mismo, una situación de deshonor” (pp. 56-59). Frente a lo afirmado es pertinente, quizá, recordar que el Barroco es eminentemente moralizante y que sanciona el orden social. El manierismo afirma la crudeza de la existencia, siempre en grado creciente. Así “El *Lazarillo* es pieza clave en el largo camino que conduce a la creación cervantina”. En efecto, parece que el mundo cervantino se sustenta en la idea de dos formas de muerte. La una, morir en el entierro de su pobre casa y de su ávida y loca lectura y su salida al mundo que, poco a poco, destruye sus ideales caballerescos de ayuda y transformación del mundo. Recordemos que ya cansado y al borde de la muerte, Sancho le ruega que no se deje morir y que vayan “al campo vestidos de pastores”. “Señores —dijo don Quijote— vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño”.

Como lo demuestra un mapa con el itinerario de Lázaro, que se incluye al final del prólogo, y que parece una adecuada mostración, implica, creemos, una importantísima dimensión de la historia literaria: la idea del viaje, la salida al mundo, sus peripecias y el conocimiento de extraños personajes. El ejemplo supremo es, sin duda, Cervantes y casi toda su obra. Ello trasciende a grandes ejemplos de la literatura universal. Escogeremos algunos ejemplos: Fielding (*Tom Jones*), Hemingway (*Fiesta*), toda o casi toda la obra de Pío Baroja y hasta en la lírica de Antonio Machado.

Aunque en esta reseña existen algunos cambios de palabras, la sustancia misma se debe a la investigación del profesor Godoy. Ella señala los resultados del cuidado minucioso, erudito del texto y es muestra de una actitud universitaria de la más alta jerarquía.

ELADIO GARCÍA CARROZA
Universidad de Chile